

**Hacia una pediatría humanista.  
Biografía de Florencio Escardó.**

***Alberto Grieco***

Médico pediatra.  
Email: [agrieco@fibertel.com.ar](mailto:agrieco@fibertel.com.ar)

---

Florencio Escardó nace en la Ciudad de Mendoza el 13 de agosto de 1904, luego su familia, se traslada a Buenos Aires cuando solo tenía tres meses.

Egresado del Colegio Nacional de Buenos Aires, en el año 1929 se recibe de médico en la Facultad de Medicina de Buenos Aires.

Ingresa al Hospital de niños como ayudante de Sala. El trato y el tiempo que dedica a los niños y sus familias es producto de su amor creciente por la pediatría, a la que llega por vocación y por convicción, pero nunca al niño sin su familia.

Nadie pudo obtener como él y con tan justa razón, tantos títulos: ser Jefe de Servicio de la Sala Cátedra del Hospital de Niños “Dr. Ricardo Gutiérrez”, (ese fue el lugar donde desarrolló su carrera como pediatra cumpliendo una trayectoria impecable durante 45 años), llegó a ser Profesor titular de Pediatría de la Facultad de Medicina de la UBA y Vicerrector de la Universidad de Buenos Aires. Desde este cargo transformó al Colegio Nacional de Buenos Aires y al Colegio “Carlos Pellegrini” en instituciones de enseñanza mixta, por entonces toda una novedad que fue muy resistida. (resistencias de parecida índole enfrentó cuando escribió y publicó sus libros sobre sexología), también fue Decano de la Facultad de Medicina, no obstante para él los títulos eran cuestiones circunstanciales.

Cada cargo le servía como puente para introducir una innovación, un cambio, una reforma. Así creó en su Servicio el primer Laboratorio de Bacteriología Pediátrica, un Centro Audiovisual importante, un Pabellón de Psicología Clínica de niños con 8 consultorios y una sala de terapia para grupos, un laboratorio de Isótopos controlado por la Comisión Nacional de Energía Atómica.

Creó además en el Hospital la Residencia de Psicología. Fundó la “Escuela para Padres” y organizó el trabajo Comunitario a través de un Centro de Salud de la Isla Maciel.

Luchador infatigable, discutidor hasta el fin por una causa justa y crítico sagaz, vivió toda su vida para entender al ser humano desde su inicio, en su esencia: el niño y la familia.

Cuando lo conocí me impactó su aire sencillo, de modales refinados, siempre tenía algo que decir y siempre lo que decía era importante, no hablaba así nomás, sabía muy bien escuchar y siempre estaba dispuesto a reflexionar sobre todo tema que se le presentaba, pero si algo le sobraba era fuerza y convicción para defender una causa justa.

Debió luchar contra una férrea oposición institucional para que los niños internados puedan ser acompañados por sus madres. Él sabía con gran convencimiento que la baja

de la inmunidad no era solamente una cuestión orgánica, ya que la recuperación de la salud de un niño tenía que ver también con una cuestión vincular, que necesitaba además de la mejor terapéutica farmacológica, el amor y los cuidados maternos. Hasta ese momento las madres solo podían visitar a sus pequeños hijos internados de 17 a 19 horas, los niños pasaban largas horas de soledad, sin el vínculo afectivo de sus madres y cuando se los alimentaba se hacía colgando las mamaderas en soportes metálicos asidos a la cuna.

Desde su entrada al Hospital esta situación lo impactó tanto que siempre estuvo en su mente modificarlo y llegó el momento cuando fue nombrado Jefe de Servicio y así transformó esa triste realidad.

Una anécdota lo expresa claramente: Cuando comienza a internar a los niños con sus madres, al poco tiempo, fue citado por el Director del Establecimiento, que le hizo saber de muy mal talante sobre del “desorden” que imperaba en la misma. El Dr. Escardó lo miró fijamente y firme en sus convicciones le contestó: “Su preocupación me tranquiliza, ahora que las madres se han apropiado del lugar y han tomado la Sala como su casa, los niños van a empezar a recuperarse más rápido”. Se dio media vuelta y se fue. Nunca mas fue llamado por ese motivo.

Su vida la consagró al estudio y al pensamiento, pero por sobre todas las cosas a la investigación: Él decía: **“Desde muy pronto me interesó mas que la medicina de los médicos, la medicina de los pacientes y aún llegué a escribir un libro incitando a los pacientes a la rebelión”**, y más adelante sigue, **“un día descubrí que mis iguales no eran los médicos, ni los académicos, ni los profesores, sino los pacientes y que ellos me permitían y me aceptaban como amigo sapiente. Y la vida se hizo una fiesta continua para mí”**.

Médico ante todas las cosas y de una cultura muy vasta ya que era un lector empedernido, era generoso para transmitir sus conocimientos.

Los que circulábamos por el Servicio siempre teníamos al alcance, apuntes, libros de diversa índole, no solo de medicina, sino otros que tenían para él que ver con una formación cultural que el médico por lo general no posee. En su Cátedra aprendimos a leer a Sigmund Freud, a Eric Fromm, a John Bowlby, a René Spitz, entre otros.

Incorpora a la Pediatría, la Psicología y el Psicoanálisis, como así otras formas de medicinas, la Homeopatía y la Acupuntura, abriendo una brecha entre la Pediatría clásica, biologicista y organicista y una Pediatría Humanista. El no era solo médico sino hombre de la cultura, por eso sus aportes tuvieron resonancia e influencia en toda América Latina.

Era un maestro por excelencia y un comunicador social por consecuencia.

**Él decía: “El médico que no educa, es un médico a medias” y agregaba, “una caudalosa corriente de seres humanos me ha dado permiso para darles, no lo poco o lo mucho que tengo, que nunca será bastante ni suficiente para ellos en la medida en que lo es para mí”**

Nos recordaba además que: **“se puede saber mucho, alcanzar una suprema técnica y una caudalosa erudición y no ser un verdadero médico, tal veracidad la determina**

**un hecho de orden espiritual que es la compenetración anímica con la situación vital del enfermo, el unimismamiento con su inmediato padecer”.**

“Solo somos verdaderos médicos en los límites en que el enfermo nos lo permite”

Nunca dejaba de pensar en forma estructural y relacional e insistía como debíamos encuadrar una entrevista, tanto como buscar el tono empático con los pacientes. Afirmaba: “Perder la distancia con el paciente, es perder el paciente”, o “Cuando hay un médico, hay un médico, cuando hay dos médicos, hay medio médico, pero cuando hay tres médicos, no hay ningún médico”

Él jerarquizaba la forma como los seres humanos se vinculan, desde el lazo más básico, madre-hijo, padre-hijo, familia-hijos, hasta los de mayor entramado social: médico-paciente, hombre y sociedad, familia-médico, médico-médico ( fue un pionero en ética médica),

Su pensamiento escrito refleja como entendía la complejidad de la enfermedad, no como una entidad aislada sino siempre vinculada a la salud, tanto salud y enfermedad, interpretaba, como dos caras de una misma moneda que están intrínsecamente relacionadas, pero diferenciadas y en equilibrio inestable..

No existen enfermedades del cuerpo o de la psiquis, sino enfermedades de la persona, en su totalidad.

Decía que: **“El más sutil y temprano signo de enfermedad aparece sin excepción en la esfera psíquica; el diagnóstico orgánico mas temprano es siempre tardío”**

Se anticipó al alertar sobre el proceso de la deshumanización de la medicina que estamos viviendo en estos días, mostrando como las escuelas médicas y los educadores de la comunidad quedan presos de un sistema cultural atado a la economía de mercado y parecen impotentes para detener su avance. Él pensó que la solución estaba en el hombre singular, que de ahí se debía partir para lograr un posible cambio. Tal vez este sea el momento más álgido de ese presagio.

Incursionó en las letras llegando a ser un excelente escritor, su estilo sencillo pero profundo y de un humor exquisito lo llevó a realizar agudas críticas sobre la realidad actual de su época al crear personajes de ficción como “Piolín de macramé”, o “Juan de Garay”. De su puño y letra salieron los famosos “ ¡Oh!”, “Cosas de Argentinos” y “Cosas de Porteños”, siendo columnista sin igual de los diarios: Crítica, La Razón y La Nación.

Escribió numerosos libros para médicos: “Neurología Infantil”, “Qué es la Pediatría”, “La Pediatría Medicina del Hombre”, “Pediatría Psicosomática”, “Abandónicos y Hospitalismo”, “Moral para Médicos”, “Psicología del Pediatra”; “El alma del médico”; dirigido a pacientes: “Carta abierta a los pacientes”; para padres como: “Manual de Puericultura”, “Los Derechos del Niño”, “Anatomía de la Familia” y “Sexología de la Familia”.

Escribió: “Sydenham y Don Quijote”, “Geografía de Buenos Aires”, y el poemario “Siluetas descoloridas”

Como buen porteño era un apasionado por el tango al que le dedico dos letras "La ciudad que conocí" y "En que esquina te encuentro Buenos Aires".

Presidió la Sociedad Argentina de Escritores y fue Miembro Titular de la Academia Argentina del Lunfardo.

"Obras: "abayubá. novela histórica"; en teatro, "ir por lana y salir trasquilado", "juguete cómico de actualidad en un acto", "no especulen en papel", "siempre se acaba como se empieza, drama histórico en tres actos".

En el año 1990 fue declarado Ciudadano Ilustre de Buenos Aires y la muerte lo encontró en actividad, escribiendo activamente. Murió a los 88 años el 30 de agosto de 1992.

Los que tuvimos la suerte de participar de sus charlas, de sus clases magistrales, los que pudimos acompañarlo en el consultorio externo de pediatría del Hospital o quienes consultamos con él preocupados por un paciente complejo, nunca salimos defraudados. Sus indicaciones, sus enseñanzas y consejos siempre nos han enriquecido, quedando grabados profundamente en nuestras mentes y en nuestros corazones.

Él desarrolló sus ideas en un contexto muy particular, en las letras, Jorge Luis Borges y Julio Cortazar, en el Psicoanálisis, Enrique Pichón Riviére, en el tango Aníbal Troilo y Astor Piazzola, por decir algunos. Todos fueron baluartes de un período brillante y creativo de nuestra cultura.

Aquellos que pasamos por la experiencia de ser sus discípulos, hemos quedado marcados de una manera que nos identifica y nos enorgullece, no para generar situaciones elitistas sino sabiendo que despertamos de un adormecimiento social y así mas liberados y con una mirada distinta hacia el futuro, nos ha permitido situarnos mejor en ese lugar de "ayuda" que hemos elegido como pediatras.

Agradezco al maestro Florencio Escardó, por dejarme acompañarlo a incorporar e interpretar la realidad de una manera diferente, de alguna forma nuestro dialogo, maestro a discípulo permanecerá siempre en el tiempo.

---

## **Acompañando al Maestro**

### ***Alberto Grieco ( Médico pediatra).***

En el año 1989 acompañé a mi maestro, el Dr. Florencio Escardó, al Hospital Alemán, a la presentación de un libro sobre “Retórica” cuyo autor era el Dr. Ignacio Di Bártolo.

A él mucho no le gustaba que le digan maestro, tal vez porque eso significaba ponerlo en el mármol de la inmovilidad, a él siempre le ha gustado ser joven, por lo que tiene la juventud, la mente despierta, siempre dispuesto a aprender y a la frescura y movimiento de espíritu.

Entramos al Hospital yo lo tomé del brazo y él me dejó, creo que fue la primera vez que él aceptó en silencio una ayuda, sentí que necesitaba apoyarse en mí, fue una situación un tanto difícil, siempre me había apoyado en él. En ese momento pensé que había pasado mucho tiempo desde que lo conocí. Era en la década del 60, nada mas ni nada menos que treinta años fue cuando lo vi por primera vez trepándose a un escritorio en la Sala Cátedra del Hospital con la intención de que los alumnos se dieran cuenta de la diferencia que existe entre un adulto y un niño, desde la altura donde un adulto mira a un niño, que es una altura descomunal y lo empequeñecido que el niño se siente.

Continuamos caminando, debíamos atravesar todo el Hospital para llegar al aula central. Era entrada la noche los pasillos que debíamos recorrer estaban semi oscuros y es buen motivo para que los pensamientos vuelen.

Me dí cuenta que íbamos a paso lento, creo que Florencio no podía caminar bien, arrastraba un poco los pies, pero no perdía el objetivo de su visita. Iba a presentar el libro sobre “.Retórica” ( “Cómo hablar en público” ) que del Dr. Ignacio Di Bártolo, discípulo de su adversario de la Pediatría el Dr. Garrahan y ahora a muchos años del fallecimiento de su maestro, necesitaba reconciliar ambas posturas antagónicas.

Ignacio había sido compañero mío en la facultad muchos años antes, al terminar la facultad y empezar la especialidad El era mas bien un hermano mayor de ayudantía en la Cátedra de Farmacología del Profesor Luis Emilio Camponovo. Por otra parte con el tiempo nos habíamos constituido en Pediatras con distintos maestros de igual prestigio en la Pediatría, pero de antagónicas posturas, Ignacio en el Clínicas y yo en el Gutiérrez.

Éramos dos discípulos con sus maestros, uno real y presente, Escardó y uno ausente (había fallecido hace muchos años) pero afectivamente ligado a Ignacio.

Di Bártolo, Jefe del Servicio de Pediatría del Hospital Alemán y ahora en el rol de escritor necesitaba aunar ambas cuestiones y que mejor invitar al Presidente de la Asociación Argentina de Escritores, a presentar su libro (Escardó presidía en esos momentos dicha Institución)

Seguimos caminando y parecía una eternidad llegar al final, entonces me atreví a romper el silencio y preguntarle a Florencio, cual era la motivación que lo había traído hasta éste lugar. Él me dijo claramente que: “el tiempo ha pasado y siempre se sufren cambios

aunque no se quieran reconocer y ya al ser invitado se había producido un cambio, estamos finalizando el siglo agregó y cada vez menos se sostiene eso del “niño sin cabeza”.

Entendí eso que decía del “niño sin cabeza” se refería a que lo que escribía Garrahan en sus libros eran siempre todas consideraciones a nivel orgánico, signos y síntomas de enfermedades, descripciones de patologías desde comunes a raras, pero donde no aparecía el niño como persona, con sus emociones, sus sensaciones, sus necesidades y la ausencia de las madres donde para nada figuraba lo relacional, lo que él llamaba “el tinte hedónico” ese particular conjunto de sensaciones que se producen en el vínculo madre-niño que hace de la relación un hecho singular.

Me apresuré a decirle no todos pueden tener la amplitud y la poesía en sus palabras escritas, para poder describir tanta complejidad

No se si me escuchó porque me dijo: “es un problema defensivo” ,y llegamos por fin al Salón.

Estaba el Auditorium lleno de gente, era un poco sofocante el ambiente, tal vez se podían contar unas cuatrocientas personas, mas o menos, entre médicos, familiares, alumnos, amigos, etc. Yo me inquieté por él, lo sentí frágil y me pregunté si podría hablar a tanto público. Se sentó en el estrado junto a Ignacio y al Director del Hospital.

Primero habló el Director, un médico del Hospital que logró realizar una síntesis de la excelente trayectoria de Ignacio en el Hospital como Jefe de Pediatría y como Docente. Destacó la importancia de los cursos de Retórica, que tanto médicos, como otros profesionales se acercaron a cursarlos y que obligó a que se repitieran anualmente durante varios años con gran cantidad de asistentes y que dieron el origen al presente libro. Fue muy aplaudido.

Luego habló Ignacio y se refirió a la necesidad que él sentía de trazar un puente entre el pasado y el presente y conciliar ambas formas de pensamiento, en honor a los dos maestros. Como Profesor de “Retórica”, habló muy bien, su exposición fue muy cuidada y emotiva.

Yo estaba mas preocupado por verlo a Florencio que por lo que se decía Ignacio, me conformaba con los títulos. Si me preocupaba él. Lo veía como desencajado, tal vez cansado y abrumado por la cantidad y euforia de la gente.

Pensé que hubiese sido mejor haberlo desalentado a no participar del encuentro días antes, cuando quedé de ir a buscarlo a su casa.

La culminación de la charla de Di Bártolo fue cerrada con un intenso aplauso y creo que estaba muy feliz, todo estaba saliendo bien, faltaban ahora las palabras de Florencio.

Le entregaron el micrófono y sentado como estaba con un semblante de cansancio, creo que yo lo veía peor de lo que estaba pero porque lo había acompañado y lo había sentido.

Comenzó su exposición hablando con frases entrecortadas y vacilantes de su viaje a Europa, cuando había ido a Francia al Servicio de Pediatría del Profesor Royer un prestigioso y encumbrado profesor, se fue en detalles de cómo llegó y lo que debía hacer.

Entre las cosas que debía hacer, él debía preparar una exposición para el día siguiente en que tenía que hablar para un número importante de médicos del Servicio y le costaba preparar la exposición.

Todo esto lo decía en tono muy bajo, tembloroso y sin fuerza, como si las palabras costaran desprenderse de su boca y de fondo el murmullo del público que empezaba también a inquietarse.

No sé cuanto tiempo duró todo esto, creo que para mí fue eterno, pensé en un momento que estaba desvariando y la gente seguramente también. Mas bien parecía no saber que decir.

Cuando el clímax de desconcierto llegó a su máximo, se puso de pie tomó el libro de Di Bartolo y con una fuerza tremenda enfrentó al público y con gran convicción dijo: "Que importante hubiere sido si yo hubiese tenido en esos momentos, en que tenía que preparar la conferencia, el libro del Dr. Di Bartolo, todo hubiese sido diferente".

Fue tan sorpresivo y emocionante que lo interrumpieron con un cerrado aplauso. Luego con una energía impresionante siguió hablando de las cualidades del libro, con detalle de cada capítulo y de su autor.

Llegó al público presente y dió clase de "Retórica" sin mencionarla. Yo no pude menos que pensar "Ahí está el maestro", "ahí está mi maestro".

El siempre supo como hablar en público, siempre utilizó muy hábilmente las palabras y los silencios y los momentos de dar el énfasis adecuado para poder transmitir lo que el quería, pero ahí, fue muy pero muy impactante.

Cuando volvimos caminando por ese mismo pasillo, él y yo éramos otras personas, algo había cambiado en los dos, el tiempo transcurrió mas rápido en recorrerlo, él caminaba mas suelto más ágil y necesitando menos apoyo.

Luego de andar una distancia le dije, que le había parecido la exposición de Di Bártolo y él me dijo: "Di Bártolo nunca fue discípulo de Garraham".

Al llegar al término de la reunión pude comprender la diferencia entre "Retórica" y cómo "Hablar en público".

Esa noche me costó dormirme, estaba emocionado, sentí la necesidad de pensar como tenía que hacer para mejorar mi manera de exponer y que había disfrutado un nuevo encuentro con él.

-----